

*El masoquismo femenino y la política de la transformación personal*¹

Sandra Lee Bartky

Ser a la vez un ser sexual y un agente moral puede ser verdaderamente perturbador: no es de extrañar que los filósofos hayan deseado que nosotras pudiéramos deshacernos enteramente de la sexualidad. Por ejemplo, ¿qué hacer cuando la estructura del deseo está en guerra con los principios de uno? Ésta es una pregunta difícil para cualquier persona con conciencia, pero tiene una intensidad particular para las feministas. Una primera contribución teórica del análisis feminista contemporáneo acerca de la opresión de las mujeres puede ser resumida en el eslogan «lo personal es político.» Lo que esto significa es que la subordinación de las mujeres por los hombres penetra y ordena la relación entre los sexos en cada área de la vida, que la política de dominación sexual es tan evidente en las esferas privadas de la familia, la vida social cotidiana, y la sexualidad como en las esferas tradicionalmente públicas de gobierno y la economía.

La creencia de que las cosas que hacemos en el seno de la familia o en la cama son «naturales», o si no, al menos una función de las idiosincrasias personales de los individuos privados, se sostiene para crear una «cortina ideológica que oculta la realidad de la opresión sistemática de las mujeres.»² Para una mujer feminista, dos cosas se deducen al descubrir que la sexualidad también pertenece a la esfera de lo político. La primera es que cualquier cosa que pertenece a la sexualidad—no sólo la conducta sexual real, sino también el deseo sexual y la fantasía sexual—tendrá que ser entendida en relación con un gran sistema de

subordinación; la segunda es que la sexualidad deforme de la cultura patriarcal, debe ser trasladada del dominio oculto de «la vida privada» a la arena pública para la lucha, donde una sexualidad «políticamente correcta» de respeto mutuo se enfrente con una sexualidad «incorrecta» de dominación y sumisión.

Un buen número de preguntas se presentan de inmediato. ¿Qué es una sexualidad políticamente correcta, después de todo? ¿Qué constituiría la lucha para asumir tal sexualidad? ¿Es posible para los individuos prefigurar las formas más liberadas de sexualidad, hoy, en sus propias vidas, en una sociedad todavía marcada por la subordinación de las mujeres en todos los campos? Finalmente, la pregunta con la cual empezamos, la preocupación moral sobre qué hacer cuando la conciencia y el deseo sexual entran en conflicto, tomará la siguiente forma cuándo sea vista a través de la lente del feminismo: ¿Qué hacer cuando la propia sexualidad de uno es «políticamente incorrecta,» cuándo el deseo está ferozmente en desacuerdo con los principios feministas? Me ocupo primero de esta pregunta.

La historia de P.

Si alguna forma de sexualidad tiene que ser considerada *prima facie*³ políticamente incorrecta, sería ciertamente el sadomasoquismo. Defino el sadomasoquismo como cualquier práctica sexual que involucre la erotización de relaciones de dominación y sumisión. Considérese el caso de P., una feminista que

¹ Traducción del capítulo 4 del libro *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression*, de Sandra Lee Bartky (New York: Routledge, 1990). Traductores: Mónica Dorado González y Andrés Felipe Castelar. **Copyright 1983 from *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression*, by Sandra Lee Bartky. Reproduced by permission of Routledge, a division of Informa plc.**

² Alison Jaggar, *Feminist Politics and Human Nature* (Totowa, N.J.: Rowman and Allanheld, 1983), p.122.

³*Prima facie* es una locución del latín que significa *a primera vista*. En este caso también en primera instancia. En latín en el original (N. de la Tr.).

tiene fantasías masoquistas. Si P. estuviera preparada para compartir su vida confidencial con nosotros, esto es lo que ella podría decir:

Hasta donde puedo recordar (alrededor de los seis años. . .), mis fantasías sexuales han involucrado sometimientos dolorosos, vergüenza, humillación, mutilación, dominación por personajes como los de la Gestapo.⁴

P. consideró sus fantasías como antinaturales y perversas hasta que descubrió que, de todas las mujeres que tienen fantasías sexuales, el 25 por ciento tienen fantasías acerca de la violación⁵. De hecho, buena parte del material que a menudo excita a las mujeres, material que normalmente no es considerado material perverso, es temáticamente similar a las fantasías de P. Muchas mujeres de la generación de nuestras madres fueron estremecidas cuando el hábil Rhett Butler sometió a Scarlett O'Hara y la cargó triunfalmente por las escaleras en un acto de violación matrimonial:⁶ «tratarlas con rudeza» ha realizado el atractivo sexual de muchas estrellas cinematográficas masculinas desde entonces.⁷ El sabor femenino para las fantasías de victimización está dado por supuesto casi en cada página de la gran literatura producida específicamente para las mujeres. Las revistas de confesión, los romances de Arlequín, y ese género del romance histórico conocido en el comercio de las editoriales como las de «corpitos rasgados» tienen ventas que enumeran ahora en miles de millones, y pueden ser compradas en la mayoría de las farmacias y supermercados de un lado a otro de la tierra.

⁴ Ms., July-August 1982, p. 35

⁵ Maria Marcus, *A Taste for Pain: On Masochism and Female sexuality* (New York: St. Martin's Press, 1981), p. 46. Por supuesto, el tener una fantasía sexual, donde cada detalle es orquestado por la mujer misma, no es lo mismo que desear una violación real. El miedo penetrante que se deriva de la violación es como una niebla sobre las vidas de las mujeres que puede restringir severamente la espontaneidad y la libertad del movimiento. Aun cuando una mujer escape de un embarazo, de la infección de una enfermedad venérea, o de sufrir daño físico grave durante una violación, las consecuencias psicológicas en ella pueden ser devastadoras. Las repercusiones de una violación, sólo recientemente se han documentado por estudios feministas, pueden incluir pesadillas, timidez excesiva, conducta fóbica, la pérdida de deseo sexual, y el deterioro de relaciones íntimas. Nada de esto hace parte de la típica fantasía de violación.

⁶ La autora se refiere aquí a personajes de la película «Lo que el viento se llevó» (N. de la T.).

⁷ En la reciente historia de las mujeres en las películas de Hollywood se exponen cada vez más algunos pedazos del tratamiento brutal a las mujeres en el cine. Películas sin duda hechas por hombres, pero compradas por costumbre y disfrutadas por un gran número de mujeres. Ver. Molly Haskell, *From Reverence to Rape* (New York: Penguin Books, 1974).

⁸ Sara Craven, *Moth to the Flame* (Toronto: Harlequin Books, 1979).

⁹ Beatrice Faust, *Women, Sex and Pornography* (New York: Macmillan, 1980), p. 147. Las «chicas» de «*Dulce salvajismo*» ceden gran parte de responsabilidad a los héroes, diciendo no hasta que los hombres viriles y a veces malvados les obligan a que digan sí. Muchas veces la relación entre las heroínas y los héroes son de amo y esclavo, maestro y alumno, líder y seguidor. Las heroínas logran autonomía solamente para luego renunciar a ella en el matrimonio.» Ibid., p. 156.

¹⁰ Para un exhaustivo análisis de los romances tipo Arlequín, ver Ann Barr Snitow, «Mass Market Romance: Pornography for Women Is Different.» *Radical History Review*, Vol.20 (Spring-Summer, 1979), pp. 141-161.

Los héroes de estas historias resultan ser unos buenos muchachos al final, pero sólo al final; antes dominan y humillan a las heroínas al «estilo Gestapo» de pequeños modos. En el romance de Arlequín *Polilla a la llama* (ella la polilla, él la llama), el héroe, Santino, «quien a pesar de que su sensual boca curvada luce como si nunca hubiera pronunciado la palabra 'compromiso' en su vida,» insulta a la heroína, Julieta, se burla de ella, la secuestra, roba su ropa, la encarcela en su mansión de la costa en Sicilia, y amenaza con violarla repetidamente.»⁸ Ginny, la heroína de *Dulce Amor Salvaje* es «casi violada, luego casi seducida, luego desflorada – por medio de la violación y por medio la seducción, entonces alternadamente violada y seducida» - todo esto por Steve que es por turnos su atacante y amante.⁹ La pureza y la constancia de mujeres como Juliet y Ginny finalmente refrenan la brutalidad de sus amantes y todo termina felizmente en matrimonio, pero uno no puede escapar a la sospecha de que la crueldad de estos hombres constituye una buena parte de su atractivo sexual. Cuando por fin la brutalidad retrocede y la pareja se reconcilia, la fantasía termina; la historia ha terminado.¹⁰

Podríamos atrevernos a sostener que el deseo heterosexual normal en las mujeres tiene a menudo una dimensión masoquista, aunque tal deseo caería, de lejos, mucho más bajo en una gama de deseo masoquista que las fantasías de P. o el romance típico del Arlequín. Para el masoquismo es esencial la erotización y la dominación. Ahora bien, las mujeres son atraídas regularmente por el poder, su posesión y

ejercicio. El poder masculino se manifiesta de forma variada a través de la proeza física, de la fuerza muscular, del brillo intelectual, de la posición social o del tipo de dinero que otorga respeto. Uno u otro de estos tipos de poder puede cargarse de erotismo para una mujer dependiendo de sus valores, su historia, o su idiosincrasia personal. En una sociedad sexualmente desigual, estas manifestaciones de poder masculino son precisamente los instrumentos por los que los hombres pueden lograr la subordinación de las mujeres. Por tanto, en la medida que el poder masculino es erotizado, la dominación se carga eróticamente.

Una podría objetar que no hay nada en absoluto masoquista en la atracción femenina por el poder, porque esta posesión de poder es una fuente de estatus para los hombres; una mujer que puede atarse a un hombre poderoso realzará con ello su propio estatus. Pero esto implica que la mujer atraída por el atleta sólo es consciente de que su proeza muscular puede protegerla o darle a él la estima de sus compañeros, no de que él pueda usarlo para reprimirla si él quiere, o que la estudiante que idolatra a su profesor es inconsciente de que él puede usar su agudo ingenio tanto para hacerla quedar mal como para deslumbrar a los estudiantes en sus clases. Sugiero en cambio que en la misma aprehensión de poder está contenido el reconocimiento de que puede agobiar y someter así como puede proteger e impresionar. El poder puede levantarme de mi estatus humilde y puede exaltarme; es también aquello *ante lo cual tiemblo*.

P. está profundamente avergonzada de sus fantasías. La vergüenza, según John Deigh, es típicamente expresada mediante actos de encubrimiento; es una reacción a la amenaza del tratamiento degradante que una propicia al parecer como una persona de menor valor.¹¹ P. se mortificaría si sus fantasías fueran hechas públicas de alguna manera. Pero ella también sufre de una continua pérdida de estima ante sus propios ojos. Mientras una teniente Schlafly podría sentirse avergonzada públicamente por tales fantasías, también, la angustia síquica de P. es palpable, porque ella se siente obligada a escenificar en el teatro de su mente actos de brutalidad, que no sólo le parecen repugnantes, sino

que, como activista política que es, se siente absolutamente comprometida a erradicar. Ella experimenta su propia sexualidad como doblemente humillante; no solamente la inquieta el contenido de sus fantasías de humillación sino que el mismo hecho de tener esas fantasías, dada su posición política, le resulta humillante. Parece que P tiene dos alternativas.; o deshacerse de su vergüenza y guardarse su deseo, o bien deshacerse de su deseo. Discutiré cada una de estas alternativas.

Sadomasoquismo y libertad sexual

El sadomasoquismo ha sido fuertemente denunciado en la escritura feminista, en particular el sadismo, cada vez más evidente en buena parte de la pornografía dirigida a hombres.¹² Las feministas han argumentado que el sadomasoquismo es una expresión inevitable de una cultura de odio hacia la mujer. Ha reforzado poderosamente la dominación masculina y la subordinación femenina porque, uniéndose estos fenómenos a nuestros deseos sexuales más profundos –deseos definidos como instintivos por una psicología ideológicamente contaminada - los hacen parecer naturales. Así, participar gustosamente en este modo de sexualidad, es de cierta forma conspirar en la subordinación de las mujeres. No me sorprende, entonces, que la emergencia de [el grupo activista norteamericano] Samois haya escandalizado y ofendido a muchas en la comunidad feminista. Samois es una organización de y para mujeres sadomasoquistas que se describen así mismas tanto como «lesbianas» como «feministas.»

En varias publicaciones recientes, los miembros de Samois han intentado justificar sus gustos sexuales contra la condena feminista promedio. A las mujeres como P. se les insta a de dejar de lado la vergüenza, para que puedan aceptar plenamente sus fantasías, para aceptar de buen grado la satisfacción sexual proporcionada, e incluso, en situaciones controladas, para actuar con base en dichas fantasías. De todos modos, argumentan, la mayoría de las manifestaciones de la sexualidad son truculentas, ¿por qué entonces ese particular desprecio dirigido contra el sadomasoquismo? ¿Por qué los actos de las mujeres sadomasoquistas –

¹¹ John Deigh, «Shame and Self-Esteem: A Critique,» *Ethics*, Vol.93, January 1983, pp. 225-245.

¹² Laura Lederer, ed., *Take Back the Night: Women on Pornography* (New York: William Morrow, 1980).

en los que se ha «negociado el placer mutuo» – en los que a nadie se le hace daño real, serían peores que aquellos, como por ejemplo la heterosexualidad convencional, dónde la estructura del deseo verdaderamente amarra eróticamente a la mujer a su opresor?¹³

Los críticos del sadomasoquismo confunden la fantasía y la realidad: las representaciones de actos violentos no deben ser considerados a la misma altura y con el mismo aborrecimiento como el acto en sí mismo. En el teatro o en el ritual del sadomasoquismo las actividades están completamente bajo el control de los actores; los participantes ni siquiera están involucrados en actos reales de dominación o sumisión más de lo que lo estarían personas menos arriesgadas sexualmente. Además, el sadomasoquismo es liberador, dicen sus defensores, pues en él se desafían las normas sexuales de la familia burguesa, las normas enraizadas todavía a una ética sexual más antigua, represiva, que veía los actos sexuales como legítimos solo si eran ejecutados en aras de la reproducción.

El sadomasoquismo es «la quintaesencia del sexo no-reproductivo»: sus devotos tienen una «pasión por hacer uso del cuerpo entero, cada fibra del nervio y cada pensamiento caprichoso».¹⁴ Algunos miembros de Samois afirman que hay valores morales inherentes al propio encuentro sadomasoquista, por ejemplo, en la confianza intensa que el miembro sumiso de la pareja que practica la servidumbre debe tener hacia el miembro dominante. Se requiere de una atención inusual y de una sensibilidad necesaria para con el compañero a quien uno le ha permitido infligir dolor («Los buenos dominadores¹⁵ son los seres más compasivos y sensibles en la tierra»), mientras que la agresión física abierta «puede funcionar para mantener una relación limpia,» por ejemplo, libre de exasperarse de culpa y de formas de manipulación psicológica.¹⁶ Finalmente, el sadomasoquismo es defendido por

motivos generales de libertad sexual. Aquí, se traen a colación tres argumentos. Primero, en tanto que el sexo es una necesidad humana básica y el derecho de buscar la satisfacción sexual es un derecho humano básico, se entiende que la libertad sexual, en sí misma, es buena intrínsecamente, por supuesto con la condición de que la actividad sexual en cuestión sea consensuada.¹⁷ Segundo, la condena feminista al sadomasoquismo es sexualmente represiva, y se encarga de perpetuar la vergüenza y el secretismo en materia sexual y disuade la experimentación sexual y la exploración de terrenos poco familiares. Tercero, cualquier cosa que se quede corta de un compromiso total con la libertad sexual proporcionaría un motivo para poner en peligro el futuro del derecho militante del movimiento de las mujeres, recientemente adquirido.

En el marco de su cruzada contra la pornografía, dicen las mujeres de Samois, el movimiento contemporáneo de mujeres ha abandonado su compromiso anterior para con la libertad sexual y ha levantado posiciones que son claramente reaccionarias. Gayle Rubin, la antropóloga feminista y principal teórica lideresa de Samois, es muy crítica de una reciente resolución de la Organización Nacional para Mujeres que niega que el sadomasoquismo, el sexo intergeneracional, la pornografía y el sexo público –a diferencia de la sexualidad homosexual y lesbiana– son asuntos de preferencia sexual o afectiva que merezcan su apoyo. Para Rubin, la forma como la ONM inscribe el debate, está oponiéndose a la libertad sexual y a los derechos civiles de anticonformistas sexuales. La libertad sexual, que ella discute, es inextricable de la libertad política. El rechazo hacia las prácticas de las minorías eróticas que en algún momento persiguió y estigmatizó la Derecha conservadora ha tenido éxito de manera extraordinaria últimamente¹⁸ al ponerse en sintonía con reservorios de erotofobia en su acceso al

¹³ Janet Schrim, «A Proud and Emotional Statement,» in Samois, ed., *What Color Is Your Handkerchief?* (Berkeley, Calif.: Samois, 1979), p. 24.

¹⁴ Pat Califia, *Feminism and Sadomasochism,» Heresies*, Vol. 12, p. 32

¹⁵ El texto inglés usa el término «top», que se emplea en el argot homosexual como «activo» y se refiere al rol que somete, domina, penetra y dispone de quien desempeñe rol pasivo, o «bottom». En este caso se refiere al rol de dominador en las relaciones sadomasoquistas (N. de la T.).

¹⁶ Martha Equinox. «If I Ask You to Tie Me Up. Will You Still Want to Love Me?» en Samois, ed., *Coming to Power* (Berkeley, Calif.: Samois, 1981), p. 36; también Susan Farr, «The Art of Discipline: Creating Erotic Dramas of Play and Power,» *Ibid.*, p.187.

¹⁷ En otras palabras, cuando no sea impuesta (N. de la T.).

¹⁸ El éxito al cual se refiere la autora fue el logrado por la campaña contra la pornografía en la década de los 80, al impulsar en algunos condados de Nueva York y Los Ángeles, leyes y ordenanzas locales que prescribían castigos para quienes produjeran pornografía. Sin embargo en 1988 tales leyes fueron declaradas inconstitucionales por la Corte Suprema de E.E.U.U. (N. de la T.).

poder estatal», poder que usa, a su vez, para consolidar su dominación sobre muchos otros tipos de actividad erótica.¹⁹

¿Cuán convincente es la defensa de Samois del sadomasoquismo? Primero que todo, algunas personas cuestionan si los argumentos que ellas aducen son mutuamente consistentes. Parece extraño insistir en que las prácticas sadomasoquistas son rituales aislados y compartimentalizados que no están en consonancia con el resto de las actividades cotidianas de uno, y al mismo tiempo reclamar que ellos pueden realzar la calidad de relaciones reales continuadas, por ejemplo, en el desarrollo de confianza o de una actuación que permite vivir de manera «limpia» la agresión. La reclamación de que el sadomasoquismo crea oportunidades únicas para la construcción de la confianza, si bien es verdadero en algún sentido, se me antoja peculiar. Si alguien – la «inferior» – se deja amarrar desvalidamente a la columna de la cama, ella por supuesto debe confiar que quien está la está amarrando – la «superior» – no va a desconocer cualquiera de los límites que han sido acordados por adelantado. Si la «inferior» ya conoce a «la superior», y tiene razones para creer que es confiable, ¿cómo puede lograrse esta confianza excepto en las maneras ordinarias en que todos y todas desarrollamos la confianza en las relaciones íntimas? Pero si superior e inferior no se conocen bien y la actividad en cuestión es la culminación de un encuentro casual en una taberna, la concesión de confianza en tales circunstancias es un acto de temeridad absoluta.

Además, es muy pequeño consuelo el observar que la sexualidad del sadomasoquista no es peor que las usuales formas de sexualidad que existen bajo el patriarcado. Si esto es cierto, el reclamo no establece la respetabilidad del sadomasoquismo en absoluto, sino que resalta una vez más la corrupción de muchas de las cosas que hacemos y también la necesidad urgente de revisar radicalmente la vida erótica. Tampoco puede justificarse la sexualidad sadomasoquista sólo por ser no-reproductiva o porque viola las normas de la familia burguesa, ya que existen prácticas moralmente condenables, por ejemplo, la necrofilia, que asustan a las

personas respetables también y además no son reproductivas.²⁰

Estoy completamente de acuerdo con la afirmación de Gayle Rubin acerca de que las feministas defiendan la libertad sexual, más vulnerada en el caso de las minorías sexuales, frente a una Derecha conservadora. Pero un movimiento político puede defender algún tipo de actividad erótica contra la mojigatería o el conservatismo político sin que ello implique de forma alguna que la actividad en cuestión sea obligatoria o aún consistente con sus propios principios. La prostitución es un buen ejemplo. A mi modo de ver existen razones por las cuales las feministas deben apoyar la despenalización de la prostitución. Si la prostitución fuera legalizada, las prostitutas ya no estarían sometidas a la policía o a coacciones de la Mafia o a la fatiga de las multas y encarcelamiento, ni necesitarían la protección de proxenetas que a menudo las brutalizan. Sin embargo, nada de esto implica aprobación de la prostitución como una institución o el abandono de la visión feminista de una sociedad sin prostitutas.

La defensa más convincente del sadomasoquismo es, sin duda, la afirmación de que, en tanto la satisfacción sexual es un bien intrínseco, somos libres de dedicarnos a cualquier actividad sexual, por supuesto con la condición de que estas actividades no involucren ni fuerza o fraude. Pero ésta es esencialmente una respuesta *liberal* a una crítica *radical* de la sexualidad y, como tal, fracasa completamente al no contestar esta crítica. Como se ha anotado antes, uno de los mayores logros de la teoría feminista contemporánea es el reconocimiento de que la supremacía masculina no sólo se perpetúa abiertamente a través de la dominación masculina de la mayoría de las instituciones sociales, sino más encubiertamente, a través de la manipulación del deseo. Es más, los deseos pueden ser producidos y manejados en formas que ni involucran fuerza ni fraude ni la violación de ningún derecho jurídico. Por otra parte, la propia Gayle Rubin ha descrito el «sistema generizado del sexo,» ese proceso complejo por el cual los infantes bisexuales son transformados en personalidades de género masculino

¹⁹ Gayle Rubin. «The Leather Menace: Comments on Politics and S/M,» in *Coming to Power*, pp. 211 and 193.

²⁰ Para otros análisis de la posición de Samois frente al ataque al sadomasoquismo lesbiano, ver Bat-Ami Bar-On, «Feminism and Sadomasochism: Self Critical Notes,» en Linden et al., *Against Sadomasochism: A Radical Feminist Analysis* (Palo Alto, Calif.: Frog-in-the-Well Press, 1982); también, en el mismo volumen, Sarah Lucia Hoagland, «Sadism, Masochism and Lesbian-Feminism «.

o femenino, uno destinado a ordenar y la otra a obedecer:

Mientras los sistemas socio-sexuales particulares varían, cada uno es específico y los individuos dentro de él tendrán que conformarse con un grupo limitado de posibilidades. Cada nueva generación debe aprender y debe hacerse su destino sexual, cada persona debe ser codificada con su estatus apropiado dentro del sistema.²¹

Desde esta perspectiva, la imposición de la masculinidad y la femineidad puede ser considerada como un proceso de organización y modelación del deseo. La mujer verdaderamente «femenina», entonces, tendrá el deseo sexual «apropiado» para los hombres, pero ella deseará volverse, físicamente y de otras maneras, una mujer que los hombres desearán. Así, aspirará a un plan de vida apropiado para un miembro de su sexo, a tener una cierta configuración ideal del cuerpo y un estilo apropiado de auto presentación. La idea que el deseo sexual es un tipo de esclavitud es muy antigua; la noción asume un nuevo significado en el contexto de la crítica radical feminista de la supremacía masculina.

La conducta «perversa» defendida por Rubin y los otros miembros de Samois es claramente distinta al masoquismo femenino «ordinario», a ese masoquismo tan característico de las mujeres que ha sido considerado por todos los psicoanalistas y muchas feministas como una de las marcas típicas de femineidad en esta cultura.²² Pero tampoco son muy diferentes. El «normal» y el «perverso» tienen en común la sexualización de la dominación y la sumisión, aunque en grados diferentes. El masoquismo femenino, como la femineidad en general, es una forma económica de insertar a las mujeres en el patriarcado a través del mecanismo del deseo, y si bien puede ser que la erotización de las relaciones de dominación no sea el centro del sistema de supremacía masculina, ciertamente lo perpetúa. Los mecanismos precisos que funcionan en la sexualización de la dominación no están claros, y sería difícil mostrar

en cada caso una conexión entre un acto sexual particular o una fantasía sexual y la opresión de las mujeres en general. Así como es absurdo afirmar que las mujeres aceptan menos paga que los hombres porque es sexualmente excitante ganar 62 centavos por cada dólar que un hombre gana, sería igualmente ingenuo insistir en que no hay ninguna relación entre la dominación erótica y la subordinación sexual. Ciertamente la aceptación de las mujeres de la dominación de los hombres no puede ser completamente independiente del hecho de que para muchas mujeres, *la dominación ejercida por los hombres es excitante*.

El derecho, vigorosamente defendido por los liberales, para actuar según nuestro deseo sobre lo que nos plazca y con quien nos plazca, y de complacer bajo ciertas circunstancias, no es un problema aquí; el punto es que las mujeres estaríamos en mejor situación si aprendiéramos cuando abstenemos de ejercer esos derechos. La agenda feminista obviamente incluye una revisión concienzuda del deseo: la fantasía de que nosotras estamos abrumados por Rhet Buttler debe ser intercambiada por una en la que nosotras alcanzamos el estatus de poder y lo reeducamos. P. no tiene entonces alternativa, excepto la de rechazar el desvergonzado consejo de Samois de que haga espacio en su psique para el libre y pleno goce de cada deseo. Samois en efecto aconseja a P. ignorar en su propia vida un principio general por el que, como feminista, ella está comprometida y que ella está por lo tanto obligada a representar para todas las demás mujeres: el principio de que nos esforzamos por descolonizar nuestra sexualidad quitando de nuestras mentes las formas internalizadas de opresión que nos hacen más fáciles de controlar.

En su entusiasmo por la variación sexual, los liberales ignoran hasta qué punto una persona puede experimentar su propia sexualidad como arbitraria, odiosa, y extraña del resto de su personalidad. Cada uno de nosotros busca una integración y una unidad interna, deseando sentir que los diversos aspectos del yo constituyen un todo armonioso. Pero cuando las

²¹ Gayle Rubin, «The Traffic in women,» in Rayna Reiter, ed., *Toward an Anthropology of Women* (New York: Monthly Review Press, 1975), p. 161

²² «Creo que la libertad de las mujeres debe empezar en el repudio por nuestro propio masoquismo. Creo que deshacernos nosotras mismas de nuestro profundamente arraigado masoquismo, el cual adopta muchas formas retorcidas, es prioritario; es el primer golpe mortal que nosotras podemos dar en contra del dominio masculino sistematizado.» Andrea Dworkin, *Our Blood: Prophecies and Discourses on Sexual Politics* (New York: Perigee Books, 1976), p. 111.

partes del yo están en guerra entre sí, una persona puede decir que sufre de un extrañamiento del yo.²³ Esa parte de P. que está obligada a producir escenarios sexualmente cargados de humillación no concuerdan con aquella P. que ha dedicado gran parte de su vida a la lucha contra la opresión. Ahora a nadie se le exige consistencia perfecta y nuestras pequeñas inconsistencias incluso pueden otorgarnos algo de encanto. Pero no es cosa pequeña cuando la forma del deseo es repudiada totalmente por la personalidad. El liberal tiene razón al defender el valor de la satisfacción sexual, pero la lucha por conseguir una personalidad integrada también tiene valor y la posición liberal no habla de las situaciones en las que el precio de satisfacción sexual es la perpetuación del extrañamiento del yo.

Los fenomenólogos han argumentado que la afectividad tiene una dimensión cognitiva, que las emociones ofrecen un cierto acceso al mundo. La vergüenza de P., entonces, es un reflejo afectivo de su reconocimiento de que dentro de ella hay divisiones profundas y reales. En la medida en que estas divisiones no puedan reconciliarse – una parte representando el deseo testarudo, la otra un compromiso político apasionado– este es el sentimiento en el que P. ha titulado su vergüenza. Ahora esto *no* quiere decir que P. *deba* sentir vergüenza: las contradicciones existenciales profundas no son raras y nuestra respuesta a ellas puede variar. Pero parece igualmente equivocado decir que P. no *deba* sentir lo que siente. Sus deseos no son dignos de ella, después de todo, ni está claro que ella sea una víctima desvalida del condicionamiento patriarcal, incapaz de tomar alguna responsabilidad en absoluto por sus deseos y fantasías.

A menudo resulta que mientras menos se reconocen los deseos indeseados como parte del yo y mientras más son aislados y fragmentados, más se minimiza el sufrimiento psíquico. En otros términos, mientras más extrañamiento del yo²⁴ se produzca, habrá menos incomodidad psíquica. La vergüenza y el sufrimiento de P. bien pueden ser una señal que ella *no* está reconciliada con su falta de armonía interna e integración y

que esta aferrándose a la esperanza de que aun, de alguna manera, las facciones belicosas dentro de su personalidad se reconciliaran.

La alquimia más extraña: el dolor vuelto placer

Si no es recomendable que P. simplemente conserve sus deseos, parecería que la alternativa obvia es liberarse de ellos. Ahora bien, parece razonable asumir que un pensamiento mal recibido, por ejemplo, una obsesión, podría desterrarse fácilmente de la mente si uno pudiera aprender en primer lugar cómo entró allí. Entonces, ¿qué es lo que provoca el masoquismo? Dos dificultades se presentan desde el principio. Primero, escritores de la tradición psicoanalítica han usado el término *masoquismo* para referirse a cualquier cosa, desde el martirio auto-elegido de Simone Weil, hasta los rituales bizarros del fetichista de cuero, desde la histérica que usa una enfermedad para manipular a las personas a su alrededor hasta el ministro de gabinete que le paga a una prostituta para que lo fustigue. Segundo, incluso una revisión superficial de la literatura psicológica se convierte en un conjunto desconcertante de teorías. Para efectos de simplicidad, permítanos restringir nuestra investigación a aquellas teorías de masoquismo que se enfocan en el masoquismo femenino en particular.

Freud y los primeros psicoanalistas nunca dudaron que la naturaleza femenina fuera inherentemente masoquista.²⁵ Ellos creyeron que el masoquismo en las mujeres era en gran parte de origen pulsional, por ejemplo, a consecuencia de la canalización de la libido fuera de su investidura más temprana, de tipo «activo-sádico» clitoridiano en uno de tipo «pasivo-masoquista» invertido en la vagina. ¿Qué significa esto? La muchacha sufre de un «narcisismo herido» por cuando descubre la «inferioridad» de su propio órgano; esto le causa una desilusión de su «inmadura» inversión clitoridiana y de una activa auto-estimulación de su propio cuerpo. Entonces empieza a anticiparse al cumplimiento, primero del padre, mucho después de su representante psíquico. Ya que el potencial de la vagina para el placer

²³ En el contexto psicoanalítico se hablaría de una escisión del yo (N. de la T.).

²⁴ En este caso, en el sentido de la negación, de no hacerse consciente del problema (N. de la T.)

²⁵ Esto es confirmado por una psicóloga feminista contemporánea: «la conducta masoquista e histérica es similar al concepto de ‘feminidad’ los tres no son claramente distinguibles». Betsy Belote, «Masochistic Syndrome, Hysterical Personality and the Illusion of a Healthy Woman», en Sue Cox, ed., *Female Psychology: The Emerging Self* (Chicago: Science Research Associates, 1976), p. 347.

sexual sólo es despertado por la penetración, la psico-sexualidad de las mujeres maduras encaja en el coito heterosexual y por lo tanto para la reproducción de las especies, debe esperar ser escogida y luego «tomada» por el varón. Para que esto llegue a pasar, se necesita la represión de sexualidad clitoridiana.²⁶

La eminente psicoanalista freudiana Helene Deutsch creyó, por tanto, que la menstruación, la desfloración y el parto -los eventos principales de las vidas sexuales de las mujeres- eran dolorosos y que el masoquismo femenino es funcionalmente necesario para la preservación de las especies.²⁷ Marie Bonaparte creyó que el coito causaba en la muchacha la idea de temor a un ataque dentro de su cuerpo; sólo la transformación de la libido activo-sádico a la pasivo-masoquista puede permitir a una mujer aceptar la «laceración incesante del coito sexual»²⁸ Sandor Rado, otro Freudiano, creyó que el dolor mental extremo sufrido por la muchacha cuando descubre su «castración» la excita sexualmente; de allí en adelante sólo podrá lograr satisfacción a través del sufrimiento.²⁹ Esto parece ir en contra de nuestra intuición: ¿por qué el trauma de una castración imaginada puede ser sexualmente excitante? En un posterior y más convincente esfuerzo por describir la erotización del sufrimiento, Rado intenta mostrar cómo algunos dolores pueden volverse placenteros: El dolor que el masoquista busca es expiatorio, el placer es la licencia adquirida por el dolor para satisfacer los deseos prohibidos.³⁰ La idea que la culpa sexual es la llave para la comprensión del masoquismo es un hilo común que conecta una variedad de teorías de masoquismo y es una idea que es compartida por las pocas feministas que han tenido algo que decir sobre el tema. Las mujeres han aprendido a cohibirse y culparse más acerca de sus deseos sexuales que los hombres; por esto la mayor propensión de las mujeres al masoquismo. Se dice que las fantasías de violación y de esclavitud, en particular,

le permiten a una mujer imaginarse comprometida en actividades perversas pero intensamente placenteras, sin ninguna confabulación de su parte; el placer, por así decirlo, debe ser infligido en ella.³¹

Adolfo Grunberger cree que las mujeres tienen una fantasía culpable de robarse el pene: «Las mujeres fingen ofrecerse completamente, en lugar del pene robado, proponiéndole a su compañero que le haga a su cuerpo, a su yo, a ella misma, lo que ella en su fantasía le había hecho a su pene.»³² Aquí el mecanismo principal que está en funcionamiento no parece ser tanto la necesidad de expiar el pecado del deseo sexual, sino el desplazamiento de la agresión: la hostilidad apuntada primero superficialmente hasta el otro, se vuelve en contra del yo. La constricción social, el miedo al castigo, o por el contrario, la culpa ante el propio enojo (sobre todo cuando los padres son el objeto de ese enojo) generan inseguridad al querer dar rienda suelta a los sentimientos agresivos, contra cualquiera que no sea sí mismo. Theodore Reik, en particular, se asocia con la visión de que el masoquismo en ambos sexos es el sadismo frustrado. Subsecuentemente nuestro sistema de convenciones sociales les permite más libertad a los hombres para dar salida a su enojo, y no es de sorprenderse que la disposición masoquista frecuentemente se observe más en la mujer.³³

El mismo fenómeno –el masoquismo femenino– es atribuido por Melanie Klein, al odio infantil por la madre, y por Helle Thorning, psicóloga feminista contemporánea, al deseo que emerge con la madre. Según Klein, cuando la pequeña niña descubre que la madre no puede satisfacer todos sus deseos, ella se aleja del pecho maternal «malo» – el símbolo de frustración libidinal– y busca un «buen objeto» (el padre) quién le suministrará a ella «las satisfacciones narcisistas y orientadas al objeto de las que ella carece.»³⁴ Su segundo objeto, el padre, se idealizará a medida que la niña se

²⁶ Sigmund Freud, «The Psychology of Women». Chapter 23 of *New Introductory Lectures on Psychoanalysis* (London: Hogarth Press, 1933).

²⁷ Helene Deutsch. «Significance of Masochism in the Mental Life of Women.» *Int. J. Psychoanalysis*, 11, (1930), pp.48-60; also, *Psychology of Women* (New York: Grune and Stratton, 1944).

²⁸ Citada en Janine Chasseguet-Smirgel, *Female Sexuality: New Psychoanalytic Views* (London: Virago Press, 1981), p. 29.

²⁹ Belote, op. cit., p. 337

³⁰ Sandor Rado, *Psychoanalysis of Behavior* (New York: Grune and Stratton, 1956).

³¹ Véase, por ejemplo, Marcus, op. Cit.

³² Citada en Chasseguet-Smirgel, op. Cit., p. 13

³³ Theodore Reik, *Masochism in Sex and Society* (New York: Gove Press, 1962), p. 217. Freud hace una observación similar (ver Chasseguet-Smirgel, p. 131).

³⁴ Citado en Chasseguet-Smirgel. op. cit., p. 97.

decepción de su primer objeto (la madre). Debido a esto, la niña tendrá que reprimirse y, en la jerga psicoanalítica, «contrainvestir» la agresión que existe en su relación con el padre: el deseo anal-sádico por el pene se cambia así en la típica postura pasivo-masquista de la mujer «femenina».

Se han reunido varios temas en esta descripción: la envidia del pene, la fantasía incestuosa, la impotencia y dependencia de la niña, y la inhibición de agresión infantil. Thorning resalta la misma premisa, por ejemplo, la dependencia absoluta de la niña de la figura maternal. Pero para ella, el masoquismo femenino, la pasividad de la mujer, y el miedo a la acción independiente en general representan una individuación incompleta de la madre, el fracaso para lograr una identidad independiente. La fantasía de impotencia total es realmente un esfuerzo por lograr la unidad una vez más con el guardián omnipotente primera infancia³⁵. Esta muestra de teorías psicoanalíticas sobre el masoquismo no debe oscurecer el hecho de que hay también teorías no psicoanalíticas. George Bataille ha producido una Teoría neo-Hegelianista sobre la violación erótica, mientras Sartre y Simone de Beauvoir creen que el masoquismo es un auto-engaño, el esfuerzo fútil para convertirse en un objeto para otro para escapar de la «angustia» de la libertad y la aterradora evanescencia de la conciencia.³⁶

¿Qué debe concluir P. de este caos de teorías? De hecho, ¿qué podemos concluir *nosotros* de ellas? ¿Qué descripción explica mejor esa alquimia perversa que hay en el corazón del masoquismo –¿la transformación del dolor en placer?– ¿Es posible que la variedad de cosas a las que se les llama masoquismo tenga múltiples efectos, que se origine en múltiples causas y que cada teoría capture algo de lo que ocurrió en alguna parte, en algún momento, durante el desarrollo psicosexual de alguien? ¿De quién debe esperar consejo P.? Lo

que Sartre nos dice sobre la elección de una autoridad moral, es acertado para la elección de un psicoterapeuta «experto» también, a saber, que la decisión de alguien de quien esperar consejo es ya una decisión acerca de qué tipo de consejo estamos dispuestos a tomar.

Supongamos que P., decidida a poner sus deseos en concordancia con su ideología, se embarca en un curso de psicoterapia tradicional, y supongamos, además, que su psicoterapia es infructuosa. Como una parte su educación política, P. se expone ahora a una crítica radical de la psicoterapia: la psicoterapia es sexista; es autoritaria y jerárquica; se enloda en los valores de la sociedad burguesa. P. resuelve ahora consultar una terapeuta «políticamente correcta», de hecho, una terapeuta feminista.

Para adelantar nuestra discusión, supongamos que este segundo esfuerzo también resulta infructuoso, pero a pesar de su popularidad, hay evidencia de que las terapias fallan tan a menudo como tienen éxito, sea cual fuere la orientación teórica del terapeuta.³⁷ P. se percata de que no es cosa fácil cambiar sus deseos. ¿Debe tratar de nuevo? En una sociedad con poca coherencia y aún menos confianza en su propia supervivencia, la obsesiva preocupación con el yo ha venido a reemplazar intereses y necesidades más sociales. Para muchas personas, no hay obligación más grande que la del yo - tenerlo «centrado», comprender sus «potencialidades», limpiar sus «taras»- y tienen muy poco espacio en sus vidas por fuera del camino de las modas, cultos, y terapias de nuestro tiempo. Pero, ¿qué tan compatible es la dedicación al «nuevo narcisismo» (lo que antes se llamaba el «individualismo burgués») con un compromiso serio para una reforma radical? Muy pocas personas, fuera de las privilegiadas, pueden permitirse el lujo de la psicoterapia, y la búsqueda de lo que puede ser un ideal irrealizable de salud

³⁵ Helle Thorning, «The Mother-Daughter Relationship and Ambivalence,» *Heresies*, Vol.12, 1981, pp. 23-26. Para un mayor y más complejo desarrollo de teorías similares, ver a Jessica Benjamin, «The Bonds of Love: Rational Violence and Erotic Domination,» *Feminist Studies*, Vol.6, No. 1, pp. 144-174. Thorning y Benjamín hacen uso de la descripción dentro de la relación-objeto del desarrollo de la teoría pre-edípica especialmente del génesis de la personalidad masculina – femenina en relación con la cuidadora maternal. Para una mayor influencia de la teoría feminista dentro de la descripción, ver Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (Berkeley, Calif.: University of California Press, 1978).

³⁶ Véase George Bataille, *Death and Sensuality* (New York: Walker and Co.,1962); también Jean-Paul Sartre, *Being and Nothingness* (New York: Philosophical library, 1956), esp. Part 3. Capítulo 3, «Concrete Relations with Others,» pp. 361-430.

³⁷ Ver H. J. Eysenck, «The Effects of Psychotherapy: An Evaluation,» *Journal of Consulting Psychology*, Vol.16, 1952, pp. 319-324. Para discusiones adicionales en este tema, ver A. J. Fix and E. Haffke, *Basic Psychological Therapies: Comparative Effectiveness* (New York: Human Sciences Press, 1976).

mental puede absorber el tiempo, la energía y el dinero de muchas personas. No es claro que el camino políticamente correcto para P. sea continuar así, a cualquier costo; quizás para ella sería más recomendable que dirigiera sus recursos al respaldo del movimiento de mujeres. Después de todo, ella no tiene discapacidades psicológicas: dentro de las realidades opresivas del mundo contemporáneo, su vida es más rica y más eficaz que las vidas de muchas otras personas, y ella está reconciliada con su vida, en todos los aspectos, menos uno.

El paraíso perdido y no recuperado: el fracaso de una política de transformación personal

La opinión más difundida entre las feministas radicales, especialmente entre ciertas lesbianas separatistas, es que la sexualidad de la mujer es maleable y difusa y que una mujer puede, si esa es su elección, alterar la estructura de su deseo. Aquí hay entonces una nueva fuente de instrucción moral para P., una fuente que está en el polo opuesto de Samoa. Sin la ayuda de algún profesional pagado -pues tal ayuda realmente no se necesitaría- P. debe ahora ponerse en orden a sí misma psicológicamente.

Llamaré a la idea de que nosotros podemos alterar toda nuestra gama de sentimientos sexuales, un «voluntarismo sexual.» El voluntarismo sexual tiene dos fuentes: primero, el hecho de que para muchas mujeres, los cambios personales, profundos e imprevisibles, incluso el rechazo de la heterosexualidad hacia la sexualidad lesbiana, han acompañado a menudo el desarrollo de una política feminista: segundo, una teoría de la sexualidad que se basa en gran parte en el conductismo de estilo Skinneriano. Si bien es un hecho que muchas mujeres (e incluso algunos hombres) han podido efectuar transformaciones personales profundas bajo la influencia de las ideas feministas, una teoría de la sexualidad que en mi opinión es a la vez falsa y políticamente divisiva ha tomado como evidencia este hecho para tratar de alcanzar la viabilidad de una transformación voluntaria del yo.

Para el voluntarismo sexual, los pensamientos de los individuos son hojas en blanco en los que la cultura inscribe ciertos modelos de conducta. Las normas sexuales son incluidas en una variedad de formas culturales, entre ellas el «sentido común,» la religión, la familia, los libros, las revistas, la televisión, las películas, y la música popular. Los individuos son «reforzados positivamente,» es decir, recompensados, cuando modelan su conducta con imágenes y actividades ofrecidas como normales y deseables, y son «reforzados negativamente,» es decir, castigados, cuando la modelación de su conducta se hace incorrectamente o no se deja de hacer.

Si somos capaces de ver la heterosexualidad dominada por los hombres como la única forma saludable de sexo, es que porque estamos bombardeados desde mucho antes con ese modelo en nuestras fantasías sexuales para que experimentemos el sexo. Las imágenes sexuales de conquista y sumisión saturan nuestra imaginación desde una edad temprana y determinan cómo nosotros enfrentaremos después la experiencia del sexo.³⁸

Los amos de la sociedad patriarcal se aseguraron de colocarnos los modelos para incorporarlos a nuestras necesidades y preferencias: todas las otras posibilidades se hicieron indecibles u obscenas. Así, la persistencia de la propaganda en pro de la heterosexualidad, de la pasividad de las mujeres y de la agresividad sexual masculina no sólo es responsable de la heterosexualidad ordinaria sino también del sadomasoquismo. Los sadomasoquistas le revelan al mundo, aunque de forma exagerada, la naturaleza interna de la heterosexualidad y ellos precisamente son estigmatizados por la sociedad en general precisamente porque rasgan el velo que la respetabilidad patriarcal quisiera ocultar.³⁹ El sadomasoquismo es

una respuesta condicionada a la imaginación sexual que somete a las mujeres de esta sociedad... No es de sorprenderse que las mujeres respondan física y emocionalmente a las imágenes sadomasoquistas. Si una mujer se identifica con la figura

³⁸ Linda Phelps, «Female Sexual Alienation,» in Jo Freeman, ed., *Women: A Feminist Perspective*, 2d ed. (Palo Alto, Calif.: Mayfield, 1979).

³⁹ Ver Sarah Lucia Hoagland, «Sadism, Masochism and Lesbian-Feminism,» in *Against Sadomasochism*.

dominante o sumisa en la fantasía, ella todavía está respondiendo al modelo de interacción sexual que nos han machacado a lo largo de nuestras vidas.⁴⁰

El discurso de estos pasajes es gráfico y deja muy pocas dudas acerca de la teoría de sexualidad que se nos está poniéndose delante. Los modelos de relación sexual nos bombardean: ellos resuenan en nuestras cabezas: se dice que el aparato ideológico de la sociedad patriarcal condiciona la misma estructura del deseo.

Lo que resulta valioso de estas opiniones es la idea de que la sexualidad se construye socialmente. Pero, ¿están en lo correcto las voluntaristas en su modo de pensar esa construcción? Y esos modelos de deseo que pueden haber estado presentes en la psique de una persona para un virtual amanecer de la conciencia: ¿tal vez las voluntaristas son demasiado optimistas sobre la posibilidad de alterar radicalmente estos modelos en la vida adulta? Ethel Spector Person, en un artículo en *Signs*,⁴¹ niega la capacidad de teorías como éstas para explicar la desviación sexual; por qué, por ejemplo, del total de la población americana, el 10 por ciento dice ser exclusivamente homosexual, a pesar del bombardeo incesante de la propaganda para la heterosexualidad.⁴² Muy temprano en la vida, las personas descubren predilecciones sexuales inusuales que no han sido «modeladas» por nadie para ellos. «Yo pensé que era el único,» dicen tales personas cuando se «asumen», cuando entran al psicoanálisis, o al escribir sus memorias. Además, la desviación raramente queda impune: los castigos pueden ir desde la vergüenza en lo privado ante el espectáculo de nuestra propia fantasía, hasta vivir una descarga de choques eléctricos, la

picota pública o el campo de concentración. De hecho, la historia de la desviación sexual, hasta donde se conoce algo de la historia, es la historia del fracaso de los reforzamientos negativos masivos para establecer una hegemonía absoluta de lo «normal.»

Es posible desviarse del estándar feminista de conducta sexual así como también de la heterosexualidad obligatoria de la sociedad en general. Dados sus compromisos teóricos, las feministas sexuales voluntaristas le atribuyen cualquier desviación de las normas sexuales feministas a un bajo nivel de entendimiento político por una parte, o a la debilidad de voluntad por otra, o por supuesto, a un poco de ambas cosas.⁴³ Consideran que si nuestra sexualidad es, de hecho, un producto del condicionamiento social, entonces nos podemos volver nuestros propios condicionadores y programadores sociales, sustituyendo un insumo patriarcal por uno de tipo feminista. Cuando no se logra hacer esto, es debido a algún temor o a contar con una determinación insuficiente, o no lo suficientemente fuerte de lograrlo, es decir, alguna forma de *acracia*,⁴⁴ o gracias a una incapacidad para comprender hasta qué punto ciertos modelos de conducta sexual —por ejemplo, el sadomasoquismo o la heterosexualidad— sirven de apoyo al orden patriarcal. El análisis feminista de la sexualidad es correcto y se convirtió en un logro teórico significativo en la Segunda Ola [feminista]; para este análisis es crucial comprender hasta qué punto nuestra sexualidad ha sido colonizada. Desde entonces, la negativa o la incapacidad de la mujer para llevar su sexualidad en conformidad es una cuestión seria y puede tender, a ojos de muchos, a

⁴⁰ Jeannette Nichols, Darlene Pagano, and Margaret Rossoff, «Is Sadomasochism Feminist?» in *Against Sadomasochism*. Muchas feministas, especialmente las del movimiento anti-pornografía, creen en particular que los hombres desearían imitar las imágenes de comportamiento sexual con las que son bombardeados; esto explica la urgencia de las feministas por atacar una pornografía violenta dirigida para los hombres. Ver Laura Lederer, ed., *Take Back the Night*, esp. Ann Jones, «A Little Knowledge,» pp. 179 and 183, and Diana E. H. Russell, «Pornography and Violence: What Does the New Research Say?», p. 236.

⁴¹ Revista académica feminista publicada por la Universidad de Chicago, cuyo título quiere decir «Signos». (N. de la T.)

⁴² Ethel Spector Person, «Sexuality as the Mainstay of Identity: Psychoanalytic Perspectives,» *Signs*, Vol. 5, No. 4, summer 1980, pp. 60-630.

⁴³ La literatura de las lesbianas separatistas, en particular, está repleta con ejemplos de voluntarismo sexual: «Haga lo que se siente bien. El sexo es excelente. Ser homosexual es tan bueno como ser heterosexual. Me da igual lo que tú haces en la cama, así que no debería importarte lo que yo haga en la cama.» Este argumento supone que las lesbianas tienen el mismo estilo de vida y sexualidad que las mujeres heterosexuales. Pero esto no es cierto—las heterosexuales eligen hombres para amar y coger. Las lesbianas se han comprometido con mujeres. Las lesbianas se hacen, no nacen. Nosotras elegimos conscientemente ser lesbianas. Nosotras rechazamos todas las tradiciones y aceptamos y nos comprometemos con nuestro propio estilo de vida que todo el mundo. . . . critica.» Barbara Solomon, «Taking the Bullshit by the Horns,» in Nancy Myron and Charlotte Bunch, eds., *Lesbianism and the Women's Movement* (Baltimore: Diana Press, 1975), p. 40.

⁴⁴ En psicología el término *-Akrasia-* se usa para indicar la debilidad de voluntad, especialmente del fracaso para actuar de acuerdo a un sentido de obligación moral. En teoría política, su equivalente en español *-acracia-* es la doctrina de los ácratas o partidario de la supresión de toda autoridad (N. de la T.).

disminuir otras contribuciones al movimiento de mujeres. Este tipo de pensamiento ha llevado a dolorosas divisiones dentro del movimiento radical de mujeres. Las acusadas, heterosexuales llenas de sentimientos de culpa, o masoquistas encubiertas, viven bajo los cargos de su falta de resolución, su inconsistencia, o incluso por ser cómplices del enemigo, mientras sus acusadoras adoptan posturas de condescendencia o de superioridad moral.

«Toda mujer puede»- tal es el lema del voluntarismo. Armada de una adecuada crítica feminista sobre la sexualidad y con la suficiente voluntad, cualquier mujer debe poder alterar el modelo de sus deseos. Aunque la teoría feminista para esta iniciativa necesitó capitalizar el esfuerzo colectivo, y aunque los grupos de mujeres -inclusive, en el caso del separatismo lésbico, comunidades organizadas de mujeres -pueden estar esperando dar la bienvenida a la pervertida reformada, el proceso de transformación se ve como algo que una mujer debe conseguir por sí sola. ¿De qué otro modo se logra, dado el hecho de que ninguna tendencia dentro del movimiento de liberación contemporáneo de mujeres ha desarrollado una praxis genuinamente colectiva, lo cual debería ser posible para las mujeres como P. para alinear sus deseos con sus principios (retornaré a este argumento después.) Un rasgo muy común y característico de la ideología burguesa se ha introducido aquí en la teoría feminista, a saber, la idea de que las víctimas, los colonizados y colonizadas, son responsables de su propia colonización y que ellos pueden cambiar las circunstancias de sus vidas alterando su conciencia. Por supuesto, no puede ocurrir ninguna transformación social significativa a menos que los individuos también cambien, pero la tendencia que estoy criticando asigna la carga del cambio por efectuar fundamentalmente en el individuo, una idea bastante opuesta al pensamiento feminista radical.

Un argumento final, antes de que pase a otro modo de teorizar acerca de la sexualidad –un modo que no está sujeto a tanto moralismo y de divisiones. Aquellas que afirman que cualquier mujer puede reprogramar su conciencia si simplemente está lo suficientemente decidida, tienen una visión poco profunda de la naturalización de la opresión patriarcal. Lo que se presupone

es que cualquier cosa hecha puede ser desechada: que nada se ha dañado permanentemente, nada se ha perdido irrecuperablemente. Pero esto es trágicamente falso. Uno de los males del sistema de opresión es que puede afectar a las personas de formas que no siempre pueden remediarse. El patriarcado invade los espacios más íntimos de la personalidad dónde puede mutilar y puede lisiar el espíritu para siempre. Ningún movimiento político, incluso un movimiento con un análisis favorablemente desarrollado sobre la opresión sexual, puede prometer el fin de la alienación sexual o una cura para el trastorno sexual. Muchos seres humanos, P. entre ellos, quizás tenga que vivir con un cierto grado de daño psíquico que nunca puede ser sanado totalmente.

Guiones sexuales, micropuntos, y la obstinada persistencia de lo perverso

Las dificultades que experimentan los individuos intentando sostenerse a través del «poder de su voluntad», o de seguir diversas terapias para convertir sus deseos sexuales en expresiones más aceptables, puede deberse a una conexión entre la sexualidad y la identidad personal, algo demasiado complejo y oscuro para ser contenido dentro del simple esquema del determinismo. Ethel Spector Person ha sugerido que la relación entre la sexualidad y la identidad no sólo está mediada por el género, sino por lo que ella llama el «guión sexual». Este es «una rutina individualizada que extrae el deseo erótico,» una «marca erótica individual.»⁴⁵ Porque el guión es visto no como algo escogido sino como algo revelado, normalmente un guión individual se percibe como algo profundamente enraizado, algo que «se deriva de la propia naturaleza de uno,» de forma inmutable y única, tanto como una huella digital. La persona no afirma que un guión sexual sea completamente irreversible, tan sólo relativamente reversible, en parte porque el aprendizaje del mismo está conectado al proceso de formación de la identidad. «Hasta el punto en el cual un individuo utiliza la sexualidad (para el placer, para la adaptación, hasta para la resolución de un conflicto inconsciente). La ‘naturaleza’ sexual de uno puede ser experimentada como más o menos central a la personalidad.»⁴⁶

En otras palabras, lo que interpreto como mi «yo»

⁴⁵ Ethel Spector Person, op, cit., p. 620.

⁴⁶ Ibid., p. 620.

está constituido en gran medida por ciertos patrones de respuesta a los eventos que ocurren, de respuesta a otras personas, incluso a la naturaleza inanimada. Así, si alguien me pregunta como soy y me describo como agresiva, ambiciosa o divertida-cariñosa, estoy nombrando ciertos modos de adaptación que captan lo que soy. Dado que la sexualidad es un modo importante de respuesta -una manera de habitar el cuerpo así como también de inscribirse en las relaciones con otros- los modelos de respuesta sexual bien pueden ser centrales a la estructura de la identidad de la persona. La persona supone algunos factores que pueden estar involucrados en el desarrollo psicosexual. Siguiendo a Nancy Chodorow, se da por sentado que las diferencias más grandes observadas entre el guión sexual de los hombres y de las mujeres pueden deberse a la manera diferente, casi universal, como se ejerce la maternidad para los niños y para las niñas. La represión y la fijación representan un papel también, como lo hace la estructura general de la familia en la sociedad patriarcal moderna y en la manera como romantizamos nuestra propia familia. «Las prescripciones culturales directas» (incluyendo el condicionamiento ideológico) tiene un poco de influencia también, aunque «tales estructuras no son normalmente decisivas en la vida psicológica.»⁴⁷ De hecho, la excitación sexual esta frecuentemente atada a las ideas de dominación y sumisión que pueden deberse al hecho de que los sentimientos sensuales se desarrollan en el niño desvalido, dependiente no sólo de la satisfacción sino de su misma supervivencia en los adultos poderosos.⁴⁸

El psicoanalista Robert Stoller no caracteriza el patrón sexual individual como «guión sexual» sino como un «micropunto», un sistema de información muy comprimido y codificado que puede ser leído -por quién sabe quién- en la historia de la vida psíquica de una persona. Stoller considera central para una persona su escenario sexual, la historia de sus traumas sexuales infantiles y sus sentimientos concomitantes de rabia y odio. De varios modos de adaptación y contestación que se inscriben en el guión sexual o en el micropunto,

es la hostilidad -el deseo, abierto u oculto, de dañar a otra persona- lo que genera y refuerza la excitación sexual... los detalles exactos del guión, subyacentes a la excitación dirigidos a reproducirse y reparar los traumas precisos y frustraciones (las degradaciones) de la niñez.⁴⁹

Las teorías del micropunto y del guión sexual proporcionan una alternativa al estilo conductista skinneriano de algunas feministas radicales. No obstante, mientras permanecen dentro del modo psicoanalítico, estas formulaciones evitan la arbitrariedad y la especulación excesiva tan característica de teorías psicoanalíticas más tempranas. Son más generales que las teorías más tempranas, lo cual en cierto sentido las hace menos informativas, pero se considera que su debilidad puede resultar ser una ventaja. Surge la sospecha de que muchas de las teorías psicoanalíticas clásicas (incluyendo algunas que examiné antes) están basadas más bien en una extrapolación del análisis de muy pocos pacientes. Las teorías de esta clase pueden ser incluidas en formulaciones más generales descritas antes por Person y Stoller, y las historias del desarrollo psicosexual contadas por las teorías anteriores pueden representar nada más que la lectura del analista de esos micropuntos en un rango limitado de pacientes.

Existe una literatura teórica sustancial sobre el tema del desarrollo psicosexual humano. Tomada como un todo, esta literatura es confusa y a menudo contradictoria. Si bien es muy provocativa y a veces extraordinariamente iluminada, la mayoría es metodológicamente sospechosa, les falta un fundamento empírico adecuado, y a menudo están motivadas por ideologías, por ejemplo, la psicología freudiana que continúa generando una controversia enorme. Mientras algunos factores involucrados en la génesis de un guión sexual se han identificado ciertamente, aunque de una manera muy general, Ethel Spector Person puede todavía juzgar, correctamente, pienso, que «el mecanismo de guión sexual es oscuro» y que la conexión entre el aprendizaje de un guión sexual y el proceso de formación de identidad permanece en el misterio.⁵⁰

⁴⁷ Ibid., p. 625.

⁴⁸ Ibid., p. 627.

⁴⁹ Robert Stoller, *Sexual Excitement* (New York: Simon and Schuster, 1979), pp- 6 and 13.

⁵⁰ Person, op. Cit., p. 621

Cualquiera que sea el mecanismo preciso involucrado en la formación de un guión sexual, me parece claro que cada uno de nosotros tiene uno y que las teóricas feministas se han concentrado demasiado en los rasgos más amplios y más generales del guión tal como la orientación sexual de la persona y muy poco en los «detalles.» Por ejemplo, ¿una persona puede favorecer la promiscuidad o la monogamia, el sexo con fantasías «irrelevantes» o el sexo sin ellos, el sexo con pares o con personas de otra raza? Las personas con un tipo de orientación sexual «erróneo» sufren una especial victimización en nuestra sociedad; no obstante, los rasgos menos dramáticos del guión sexual realmente pueden estar saturados con significados y así como con revelaciones de los contornos básicos de la personalidad; de hecho, por ejemplo, el hecho de que Portnoy⁵¹ desea sólo mujeres no judías, no es menos importante para entender *quién él es* que el hecho de que él desea a las mujeres.

Stoller ha escrito que la historia de la vida psíquica de una persona está oculta en su guion sexual. Esta historia y los significados que lo componen a veces pueden leerse en voz alta en el escenario de alguien pero no frecuentemente, esto está cubierto en el misterio - como P., su pena, ya se ha aprendido. ¿Es la atracción de Portnoy por las mujeres no judías una manifestación de su odio judío? ¿O un esfuerzo débil por engañar a su superyó sobre el objeto real de deseo, su madre - una mujer judía? O, escogiendo a mujeres con quienes él tiene poco en común, ¿Portnoy está actuando por una necesidad masoquista de ser siempre infeliz en el amor? Los modelos de deseo de Portnoy pueden reflejar un modo de adaptación al conflicto y dolor en la vida temprana, un sufrimiento enterrado que Portnoy nunca podrá recuperar ni superar. El deseo sexual puede ser aprovechado y sostenido en la mente con la fuerza de una obsesión, incluso mientras nosotros permanecemos ignorantes de su origen y significando. El deseo arbitrario e imperioso, no sólo rechaza el intento racional por explicarlo sino también a menudo los esfuerzos racionales de los individuos por resistirse. A nivel de teoría la falta de una descripción adecuada de los mecanismos que se involucran en el guión (y por

consiguiente del sadomasoquismo) es un fracaso de la *ciencia*; en el nivel de la experiencia personal, la opacidad del deseo sexual humano representa un fracaso del *auto-conocimiento*.

A modo de conclusión

P. buscará en vano, en la discusión anterior, un consejo para tener una moral funcional. La salida a su apuro tampoco parecerá estar en el abandono de su vergüenza o de su deseo. Pero he sugerido que hay un sentido en el cual ella «tiene derecho» a su vergüenza, en la medida en la cual la vergüenza sea completamente comprendida como una conducta que se aparta de los principios. Además, he argumentado que no todos los tipos de conducta sexual, incluso el comportamiento que involucra el consentimiento entre adultos o su participación en teatros privados de la imaginación, serán compatibles con los principios feministas, con un análisis feminista de la sexualidad o con una visión feminista de transformación social. Hasta este punto, declaro que la posición liberal clásica de la libertad sexual es incompatible con mi propia comprensión del feminismo.

P. tiene otra alternativa, liberarse de su deseo, lo cual es un proyecto bueno y sensato si ella lo puede manejar, pero resulta tan difícil hacerlo que predicarle un código de corrección sexual, confiando en que tendrá éxito, sería totalmente fútil -y una crueldad. Dado que muchas mujeres (quizás incluso la mayoría de las mujeres) están en el lugar de P. un código tal podría dividir a las mujeres en del movimiento y alejaría a otras fuera de este. «Entre la concepción y la creación,» escribe el poeta, «cae la sombra». Entre la concepción de una sexualidad en armonía con el feminismo y la creación de una norma feminista de corrección política en materias sexuales, no cae una sino dos sombras: Primero, la falta de una teoría adecuada de sexualidad; segundo la falta de una práctica política eficaz en torno a los problemas de transformación personal. La segunda sombra no necesita estar a la espera de la primera, pues tomar seriamente el principio de inseparabilidad de teoría y práctica es ver que una mejor comprensión teórica de la naturaleza del deseo

⁵¹ Portnoy es el protagonista de la novela de Philip Roth «Portnoy's Complaint», o «La queja de Portnoy», publicada en la década de los sesenta, en la cual el protagonista, que es judío, se queja de que su compulsión erótica de buscar maneras nuevas y poco convencionales de satisfacción sexual no lo satisfacen. [N. de la T.]

sexual podría empezar a emerger en el intento serio y sostenido de alterarlo.

No estoy sugiriendo que la sexualidad humana sea completamente enigmática. Realmente pienso lo contrario. Ha habido adelantos revolucionarios en nuestro conocimiento de la psicología sexual humana durante los últimos noventa años, y el trabajo de teóricas feministas como Nancy Chodorow, Esther Person, y Dorothy Dinnerstein prometen extender todavía más allá nuestra comprensión. Ni quiero sustituir un determinismo sexual por un voluntarismo sexual. Algunas personas intentan reorganizar sus vidas eróticas y tienen éxito. Otros, involucrados en la excitación de un movimiento que requiere la transformación radical de cada institución humana, descubren que han cambiado incluso sin intentarlo. Pero la mayoría de las veces, la sexualidad es misteriosa y opaca, aparentemente inalterable porque su significado es impenetrable. La importancia de una forma particular de deseo así como su persistencia puede quedar en una historia del desarrollo medio-recordada o incluso reprimida totalmente. Por más vergonzoso que sea desde una perspectiva feminista, un deseo prohibido puede jugar un papel crucial y necesario en la economía psíquica de una persona.

El ordenamiento de la psiquis, aquí y ahora, en un mundo de dolor y opresión, no es idéntico al orden ideal de una visión política feminista. Podemos enseñarle a una mujer cómo planear una demostración, cómo instalar una cabina telefónica, o cómo cabildear en la política. Podemos compartir lo que hemos aprendido sobre poner en marcha un programa de estudios para mujeres o un

refugio para mujeres maltratadas. Pero no podemos enseñarle a P. o a las mujeres de Samoa o incluso a nosotras mismas como descolonizar la imaginación: esto es lo que quise decir antes con la afirmación de que el movimiento de las mujeres tiene una práctica insuficientemente desarrollada alrededor de los problemas de sexualidad. Las dificultades que están surgiendo de tal práctica son legión; otros estudios podrían ser requeridos para identificar y también para examinar las circunstancias en que muchas mujeres y algunos hombres han podido efectuar cambios dramáticos en sus vidas. Pero a mi modo de ver, el predominio en algunos círculos feministas del tipo de pensamiento que llamo el «voluntarismo sexual,» con sus fórmulas simplistas, sus moralismos, su intolerancia, y con la negación para reconocer la dimensión obsesiva del deseo sexual, son un obstáculo para el surgimiento de una práctica adecuada. Aquéllas que se encuentran en la infortunada situación de P. están haciendo realidad, en la forma de un malestar existencial, contradicciones que están presentes en la sociedad mayoritaria. Me refiero a la contradicción entre nuestro compromiso formal a la justicia e igualdad por una parte -un compromiso que el movimiento de las mujeres ha determinado para obligar a honrar a la sociedad mayoritaria - y el carácter profundamente autoritario de nuestros diversos sistemas de relación social por otra parte. Aquéllos que han seguido mi «Historia de P.» tendrán que decidir si P. de hecho está involucrada en un momento histórico que aún no hemos superado todavía o si he escrito simplemente una nueva apología a una muy vieja hipocresía.